

Mladen Razmilic

En un plácido otoño de 1939, hace ya 30 años, medio centenar de muchachos ingresábamos al mundo mágico de la Universidad: fascinados, cohibidos, ante los misterios que esperábamos develar ante nuestros ojos.

Así, tan abigarrados como éramos en conjunto, así diferente era la imagen que teníamos de la arquitectura y del sujeto que pretendíamos arribar: el arquitecto.

No habían transcurrido aun 60 días del terremoto de Chillán y Concepción y esto constituyó otro elemento para dirigir y hacer consistente nuestras vocaciones.

Chile necesitaba de cuadros para la reconstrucción y muchos fuimos tocados por esta urgencia social, afrontando con decisión la competencia con nuestros talentosos compañeros, a quienes las inclinaciones artísticas ya los habían inducido hacia la arquitectura.

Sobre este orden de ideas datan mis primeros recuerdos de Mladen Razmilic.

Provinciano en su discreción, europeo en su ponderación y claridad de juicio, fue siempre el moderador que posibilitaba la actitud constructiva, aquella que sumaba las apasionadas energías contrapuestas y las dirigía hacia objetivos unificadores.

En una época profundamente dividida por la secuela política de la guerra que azotaba al mundo, Razmilic fue un amigo de todos, ausente de su espíritu la acritud o el fanatismo.

Este equilibrio como estudiante se acrecentó en él como profesional, llevándolo a niveles de competencia por sobre cualquier promedio.

Para sus amigos y compañeros, para sus colegas, la absurda noticia llegada desde Yugoslavia nos conmovió hasta lo más profundo.

Mladen Razmilic, estás presente en el rincón más cálido de nuestros corazones.

Moisés Bedrack

Carlos Bresciani

Cada vez que la muerte lleva a un amigo, nos parece increíble, no queremos aceptar la verdad del inevitable fenecer. Es que nuestros amigos son parte de nosotros, es como si de alguna manera fuéramos nosotros mismos, o mejor, lo que deseáramos ser.

Hay algunos hombres que se dice, jamás tuvieron amigos. Los hay que tienen muchos. Cuánta afinidad humana encierra una amistad de muchos. Cuánta comprensión, cuánto de dar y recibir, cuántos hombres en un sólo hombre.

Carlos Bresciani era nuestro amigo; amigo en la arquitectura; amigo en la tarea de enseñar; amigo en la conversación; amigo en la amistad. Quisiéramos hablar de él, hablar por él. Contar a los que no lo conocieron, como fué, qué es lo que amó, por qué luchó, por qué murió. Dejemos hablar a los compañeros de toda una vida.

AUCA

Me resulta verdaderamente difícil escribir mis impresiones sobre Carlos Bresciani, ya sea para juzgarlo como hombre o como arquitecto. Vivimos durante largos años cuatro arquitectos tan íntimamente ligados en el trabajo y en la amistad, que resulta casi imposible desmembrar la personalidad de uno de ellos, para mostrarlo con la luz propia que cada uno fuera capaz de irradiar.

Pero ahora que él falta y que no está entre los vivos, nos asaltan muchos recuerdos de su personalidad, de su tremenda vocación y de su gran generosidad, que me permiten tal vez en forma imperfecta realizar un retrato de su impresionante figura.

Primero y ante todo, él fué un arquitecto. Toda su vida hizo arquitectura, habló de arquitectura y pensó en la arquitectura. Con marcado tesón permanentemente estuvo enriqueciendo su imaginación

y sus conocimientos técnicos leyendo y estudiando la arquitectura de todos los tiempos.

Con su memoria arquitectónica guardaba en su memoria los grandes principios de arquitectura, las obras más importantes de la arquitectura contemporánea y el pensamiento filosófico de los más grandes maestros. Todo ello le sirvió como gran aporte dinámico a su obra creadora.

Era intransigente para pensar y repensar las obras que estábamos haciendo. Nunca producido era para él satisfactorio y muchas veces nos exigió volver a replantear obras que ya habíamos discutido y diseñado. Y muchas veces volvía sólo a nuestra oficina a cualquiera hora de la noche, para vivir con agustia el acto de creación a que estamos llamados todos los arquitectos.

Le gustaba conversar y cuando el tema era su arte, vivíamos siempre cómo se agrupaban en torno a él, colegas, discípulos y ayudantes, para escuchar la palabra de quien como en un sueño y a través de la arquitectura, penetraba en lo profundo del hombre de la sociedad.

Pienso que son pocos los casos de otros profesionales que hayan luchado tanto como lo hizo, para realizar un trabajo con el solo fin de realizarlo en forma perfecta. Todas las grandes obras que juntos realizamos, miradas desde esta visión, fueron obras suyas. Nunca tuvo amor cuando no fué comprendido y siempre volvió a luchar para serlo.

Trabajaba con más tesón aquellas obras que tal vez nunca se realizarían, que aquellas en que tenía un contrato en la mano, que le hacía acreedor a los honorarios que correspondía. Porque nunca supo nada del dinero. Nunca lo reclamó y lo que poseía siempre estuvo disponible para quien lo quisiera. Difícil resulta evaluar el significado de su paso por la vida. ¿Cuánto significó en la formación de los cientos de discípulos que convivieron con él como sus alumnos?

¿cuánto significado tuvo para el proceso de transformación que vivió nuestra arquitectura en la década del 30 del 40, cuando él como un verdadero gladiador luchó en contra de una arquitectura dominada, pasiva y sin vida? ¿de cuánto han servido como ejemplo las obras que llevan el sello para cambiar el destino de la arquitectura chilena?

¿me atrevo a penetrar en ese estudio largo y para mí difícil, pero pienso y estoy seguro, que Carlos Bresciani tiene un impacto, un ejemplo un camino. . .

Fernando Castillo Velasco

Carlos Bresciani fue profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso desde 1952. Durante 15 años fue Decano. Primero, de acuerdo al régimen imperante en Chile entonces, fue designado por la Rectoría, después, fue elegido por la unanimidad de los profesores. Últimamente su salud quebrantada no le permitía preocuparse de la marcha de la Escuela como antes, pero siempre permanecía otorgando su confianza. Todo real ámbito precisa de una confianza primera, clara y leve a la vez, desde la cual se levantan todo un cúmulo de aciertos, dudas y retrocesos que concurran al realizar un estudio, trabajo u obra. Esta confianza primera, por cierto, es el aporte y el fruto de una sola persona, sino que muchas, o mejor, de varias, que por diferentes caminos o en distintos momentos vienen a hacerla presente. Carlos Bresciani fue uno de esos hombres que otorgan esa confianza primera en el ámbito de la Escuela, primero, en la Casa Central de Barón, luego en la Casa de Recreo.

Él podía otorgar junto a los demás esa confianza primera, porque él logró reservar algo en medio del trabajo de práctica profesional con esas aquellas actividades laterales que de ella se desprenden y la acompañan. La reserva fue la de disponer una parte de su corazón

y su mente a fin de participar en aquello que es una experiencia común. Aquello que es estar junto a un estudio, a un trabajo, a una obra que es hijo de un coro de voces y de manos en acción. El poseía ciertamente, un instinto acerca de la belleza que se desprende de la libre acción de un coro. El vivió tal experiencia, nunca la olvidó, nunca la tuvo en menos. Por eso en los días cruciales, cuando los profesores y alumnos, en 1967, a raíz de un manifiesto y en virtud de él se tomaron la casa de la Escuela, dando el toque de partida al actual Movimiento Universitario Nacional de Reforma, él a pesar de su salud muy precaria no vaciló un instante en trasnochar al lado de todos.

El podía contribuir a otorgar esa confianza primera, porque estudió la arquitectura, la enseñó, la practicó en un mundo en el cual la obra arquitectónica comparecía como algo próximo, accesible, natural. No como algo problemático, distante, que debe de cobrar paso a paso o palmo a palmo su carta de ciudadanía. Parecía que él viviese en un mundo en que todos y cada cual querían contribuir a que se levantasen obras arquitectónicas. Ciertamente este mundo tan propicio a la obra ya no se da más. Mundo que, quizá más allá de todas sus limitaciones, permitía ver en alguna medida— la obra. Hoy en cambio en medio del tráfico de los asuntos urbanos, en medio del clamor con que dichos asuntos tratan primero de descifrar y luego configurar el acontecer, es que se ha de alcanzar la forma de la obra arquitectónica. Otro mundo y otro candor. Otro candor el nuestro, en que el propio hacernos preguntas dificulta el momento de la contemplación, pues hacemos de todo instante el momento de la solución. Pero esa confianza primera que permite un ámbito real, proviene, en verdad, de la multiplicidad de mundos. Y en dicho ámbito la palabra de cada cual ha de ser bienvenida. Esto era lo que sabía Carlos Bresciani.

A toda persona, seguramente a nadie, le es negado el poder trazar en una cierta hora los rasgos de una pequeña leyenda propia, personal; ésta quizás quién la recoge, talvés un desconocido, que luego la puede olvidar. Pero no importa. El hecho es que después de largos años en común la separación viene a hacer patente esa pequeña leyenda personal del que se fue. . . Ella establece un espacio abstracto y circunscrito a la vez, que hace que no se vea al que se fue, conforme a los cánones cotidianos, sino que más allá de lo que estos señalan, se vea lo que él pudo sembrar en nosotros. No como un sembrador único que sembrarse una semilla especial, sino como uno que va en un coro de sembradores y arroja una parte de la semilla. Eso fue lo que quiso ser Carlos Bresciani en los casi veinte años en que estuvo junto a esta Facultad de Arquitectura.

Profesor Arqto. Alberto Cruz Covarrubias.

Yo puedo testificar lo que desde hace años ví y admiré en Carlos Bresciani.

Tomé contacto con él allá por el año 1929, cuando por primera vez se me encomendó un cargo docente en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. En el primer grupo de alumnos destinados a mi cargo estaba él.

Doy fé, por lo tanto, de las raíces mismas de su talento y devoción para abrazar con celo, pocas veces superado, lo que siempre consideró como el "apostolado de la arquitectura".

Desde esos mismos instantes en que inicié mi trayectoria docente, descubría en él un típico fenómeno de inquietud dinámica y percibía el perfil y la configuración de una personalidad definida y compleja.

Esta complejidad era engendrada por sus naturales reacciones y desvelo por el pensamiento humanístico de hoy, que virtualmente ligaba a la "praxis" de su profesión. He conocido y tratado a mu-

chos profesionales de alta valía que han desafiado en profundidad de fondo y forma las alternativas problemáticas que penden del arquitecto. Uno de los casos descollantes es el del Profesor Bresciani, quien nos deja la imagen de un pensamiento vivo y apasionado de la arquitectura. Arquitectura que atinó a formalizar a través de un saber pensar; de un saber meditar y de un saber dialogar, como norma permanente de su fructuosa carrera profesional y docente.

Su tarea se desarrolló con un ardor y tenacidad difícil de concebir, creador auténtico de sus convicciones para pugnar por sus planteamientos para su concepción de la arquitectura. Y sobre todo una brega incansable para revelar el camino verdadero; el que se da cuando se sabe pensar y cuando se sabe saltar la ingrata valla de los prejuicios.

Siempre se impuso, casi como norma, tareas difíciles y arduas. No tuvo reparos para sacrificar sueño, tiempo, salud y vida, y luchar sin tregua para lograr la materialización de sus prolíficas ideas. Campeando paralelamente a nivel docente y a nivel profesional, hizo llegar la luz de su talento, dando plenitud a las tareas que en esos ámbitos se ponía en marcha.

Me impresionó siempre, además de su perseverancia y pertinacia en la lucha, la lucidez en la formación de sus juicios, mantenidos con fidedigna convicción.

No soy capaz, en tan breve síntesis, de hacer una reseña que diga de la extraordinaria gama de valores de una de las personalidades realmente preclaras que haya tenido el país en el campo de la arquitectura.

Su desaparición podría considerarse prematura por los años vividos, pero la tarea que se impuso rebalsa por mucho ese período, habiendo entregado un legado imponderable que ha enriquecido con creces el acervo cultural del pensamiento arquitectónico chileno.

Prof. Oscar Zaccarelli Marcelli.